

Notas, Textos y Comentarios

El v. III de «Fontes Narrativi de S. Ignatio de Loyola» en «Monumenta Ignatiana»

Sentimos en el alma haber tardado tanto en dar a conocer este nuevo tomo, el volumen III de *Fontes narrativi de S. Ignatio de Loyola et de Societatis Iesu initiis*¹. Apremiantes trabajos que urgían saliesen en nuestra revista nos forzaron a la demora.

Como advierte el autor en la introducción, hay gran diferencia entre este tomo tercero y los anteriores de los *Fontes narrativi de S. Ignatio de Loyola*, ya por el carácter heterogéneo de los documentos que se publican, por su naturaleza, origen y autores diversos, por su procedencia y lengua que usan, ya por su diversa extensión, a veces de una a dos páginas. Así resultan 63 documentos de muy diversa autoridad y calidad. El 63 es un mero elenco de documentos perdidos. No son meras reproducciones de documentos, pues abundan los inéditos aun de autores y escritos ya conocidos, pero aquí completados o mejor reproducidos.

Desde luego se comienza no sólo por dar cuenta de las siglas adoptadas, sino también de los manuscritos que han sido consultados, ya en los archivos de la Compañía de Jesús, ya en otros de Inglaterra, Bélgica, Alemania, España, Italia y Portugal. Sigue luego el índice de obras que fueron consultadas y no se mencionan en los dos primeros volúmenes.

¹ *Fontes narrativi de S. Ignatio de Loyola et de Societatis Iesu initiis*. Vol. III, *Narrationes scriptae ab anno 1574 ad initium saeculi XVII*. Edidit CANDIDUS DE DALMASES, S. J. (*Monumenta Ignatiana*, ser. IV *Scripta de S. Ignatio*, altera editio, t. III, vol. III = MHSI, vol. 85).—Apud Monum. Hist. Soc. Iesu (Romae, 1960), 8.º, p. XXXVI-866, cms. 17 × 25.

La fecha de los documentos comienza en 1574, final del tomo segundo y concluye no a fines del siglo XVI, en que comenzaron los procesos de beatificación y canonización de San Ignacio (que suponemos se recogerán por lo menos en un tomo), sino a principios del siglo XVII, principalmente por unos documentos del P. Lancicio, que convenía recoger aquí y se extienden hasta bien entrado aquel siglo.

Es claro que los documentos más apreciados serán los de aquellos que más de continuo y con mayor intimidad trataron con San Ignacio: los de los Padres Simón Rodríguez, Nicolás de Bobadilla y Pedro de Ribadeneyra. Del primero se publica ahora el texto inédito portugués de su comentario del origen y progreso de la Compañía (Mon. 3). Se conocía el texto latino, que fue publicado en 1903, pero no esta versión portuguesa, fechada el 25 de julio de 1577. Sólo es de lamentar que esta versión, que no es una simple versión del texto latino, tenga tantas lagunas. Del P. Bobadilla se publica ahora un fragmento de su *Autobiografía*, escrita en 1589. Toda la obra ya fue publicada en 1913 en *Bobadillae Monumenta*. Ahora se stampa de nuevo un fragmento en que trata de los principios de la Compañía (Mon. 14). No aparecen correcciones. También se publica ahora (Mon. 13) la carta de dicho anciano Padre al P. General Aquaviva, de 11 de agosto de 1589, en que recuerda los votos de él y sus compañeros en el Monte de los Mártires de París, en la fiesta de la Asunción.

Del P. Ribadeneyra se dan ahora aquí dos escritos principalmente: sus censuras a la Vida de San Ignacio del P. Pedro Maffei (Mon. 10) y su tratado de la manera de gobernar de San Ignacio a la Compañía (Mon. 38). Las dos primeras Vidas de San Ignacio que se escribieron fueron las de Ribadeneyra y de Maffei. Esta última por orden del P. General Everardo Mercurián. Ya en tiempo del P. Aquaviva, su sucesor, publicó Ribadeneyra su edición castellana (la primera fue latina) en 1583. En 1585 seguía la latina de Maffei, en triple edición (Roma, Venecia y Colonia), se reeditaba en 1586 en Milán, y en 1587 en Roma. Esta última introdujo las correcciones, aunque no todas, que le indicó su censor Ribadeneyra.

En este documento 10 aparecen en forma de columna, escalonadas las tres clases de censuras que Ribadeneyra hizo de la *Vida de Maffei*. Conviene advertir que se conserva un ejemplar con las correcciones autógrafas de Ribadeneyra, de la edición romana de Zannetti, y otro ejemplar corregido por el P. Juan Antonio Valtrino con otras dos clases de censuras de la misma edición de 1585.

El tratado del P. Ribadeneyra sobre la manera de gobernar la Compañía que tenía San Ignacio ha sido publicado diversas veces. Pero ahora se edita según el texto del ejemplar arquetipo del cod. 1737 (Palma-Ribadeneyra), indicando en el aparato crítico las correcciones y añadiduras del mismo autor (Mon. 38).

Ya de antiguo se han explotado en las vidas de San Ignacio las dos declaraciones del anciano Juan Pascual, que en su juventud tanto trató con el santo en Manresa y en Barcelona. Por desgracia las dos declaraciones no concuerdan entre sí (Mon. 5, 8), y se comprende que en su ancianidad le fallase en algo la memoria.

Sin duda que tienen su autoridad los documentos que se publican de Edmundo Auger, Oliverio Manareo y Benedicto Palmio. El primero es inédito, pues sólo se conocía por algunos fragmentos que hablan de San Francisco Javier. Trató con San Ignacio y fue profesor de poética en el Colegio Romano y más tarde Provincial de Aquitania. Es un diálogo que se finge habido en la casa de campo del Colegio Romano, pocos años después de la muerte de San Ignacio. No se conserva el texto original, sino una transcripción hecha por el P. Le Gac en 1698, y que se guarda en el archivo de Malinas. Nos da noticias de personas y cosas de la antigua Compañía (Mon. 12).

El P. Oliverio Manare era un flamenco, que entró en la Compañía en 1551, y estaba de Rector en Loreto cuando San Ignacio murió. El documento son las respuestas que dio a las preguntas del P. Lancicio sobre la vida y las virtudes de San Ignacio. Habla unas veces como testigo ocular y otras de oídas, pero alegando los testimonios. Conocemos por él cosas nuevas, pero a veces, pocas, parece se equivoca. Se publica el texto original, con las variantes del apógrafo que apareció en AA.SS. (Mon. 23).

Del P. Benedicto Palmio, uno de los primeros de la Compañía, nacido en 1523, se publica parte de la autobiografía, es decir la que se refiere directamente a la vida de San Ignacio. Va el texto original, no del mismo autor, pero con las correcciones de éste, documento hasta ahora inédito (Mon. 6).

Entre las Apologías de la Compañía tuvo su importancia y prioridad la del médico aúlico y profesor de Ingolstadt, Juan Alberto de Wimpfen, que la compuso refutando las calumnias que el alemán Juan Zanger escribió contra la Compañía al traducir las obras del protestante Kemnitz. El promotor de esta obra fue San Pedro Canisio. No se publica toda la obra sino lo referente a la Compañía. Aunque impreso en 1563, es hoy día obra rara de la cual el P. Dalmases sólo pudo encontrar dos ejemplares distintos (Mon. 60).

Compañero de San Ignacio y los primeros Padres fue el sacerdote algo extravagante Guillermo Postel, un tiempo miembro de la Compañía, que, en sus obras de viajes y maravillas del mundo, habla en algunos fragmentos de los primeros Padres, por lo cual se reproducen de él algunos pasajes, con oportunas notas del editor (Mon. 53). También se aduce algún fragmento del flamenco Juan Couvillon sobre la vocación del Beato Fabro (Mon. 2), de Juan Tomás Canizaro, hermano coadjutor, en respuesta al P. Lancicio sobre cosas de San Ignacio (Mon. 25 y 32), de una carta del P. Aníbal du Coudret, con

noticias referentes a San Ignacio (Mon. 27). Más extensas son las del P. Benedetto Amaroni, escritas en 1599 (Mon. 28), y no dejan de ser instructivas las que da el P. Pedro de Tablares al P. Francisco de Villanueva de Alcalá sobre la casa de Loyola de San Ignacio (Mon 51).

Muy interesantes son las relaciones relativas a la imagen o cuadro que se sacó de San Ignacio, especialmente la del hermano Cristóbal López, referente a la del pintor Sánchez Coello, que hizo sacar el Padre Ribadeneyra (Mon. 11) y las de los Padres belgas relativas a la imagen que se conservaba en Bruselas (Mon. 24); algunas habían sido publicadas y otras estaban inéditas. Ni se publican íntegras, sino lo que hace al caso. No se le escapa al editor de este tomo ni la breve narración de la muerte de San Ignacio por el P. Polanco, en carta al Padre Bobadilla (Mon. 58), ni un fragmento de una carta de San Francisco de Borja en que refiere un dicho de San Ignacio, cuando trató de dejar el oficio de general (Mon. 61).

Al primer historiador de la Compañía, el P. Nicolás Orlandini, le asignó el P. General Aquaviva como ayudante al P. Nicolás Łęczyski, llamado vulgarmente Lancicio, natural de Lituania, convertido del calvinismo y entrado en la Compañía en 1592, quien reunió un gran acopio de documentos relativos a la antigua Compañía. Muchos son los que se recogen en este tomo (Mon. 41-49).

Mencionamos antes al P. Valtrino, uno de los primeros historiadores de la Compañía, que nació el año de la muerte de S. Ignacio y dejó tres volúmenes de biografías con el título de *Vocationes ad Societatem*, escribió, además, las cartas anuas de los años 1581 y 1582 con noticias referentes a la Congregación, e intentó escribir una vida de S. Ignacio, cuyo texto se publica por primera vez (Mon. 17) y otros documentos sobre el mismo tema (Mon. 18, 19).

Todos los demás documentos se refieren a cosas oídas de testimonios contemporáneos de la antigüedad jesuítica, o sobre el origen de la Casa profesa de Roma (Mon. 7) o sobre la imagen de la Virgen de los Dolores que llevaba S. Ignacio (Mon. 20).

Finalmente, en el apéndice van documentos que se recogen de tiempos precedentes al de este tomo, por no haber sido posible publicarlos en tomos anteriores.

* * *

Hemos dejado para el fin el ocuparnos de la narración atribuida al P. Araoz sobre hechos relativos a S. Ignacio (Mon. 9). La narración no la escribió dicho Padre sino que la compuso probablemente en 1572 el P. Martínez de Vaños, Ministro del Colegio de Madrid, de lo que oyó al P. Araoz, al censurar o presentar observaciones a la Vida de S. Ignacio del P. Ribadeneyra, editada en latín en 1572. Y aun hay que

añadir que lo conservado es la copia que del documento hizo el P. Lanciaio en Roma bastantes años después. Son pues hechos que el P. Araoz deseaba se añadiesen o corrigiesen en la Vida escrita por el P. Ribadeneira. Lo más saliente de la misma es el principio, que modernamente ha excitado vivas discusiones, principalmente cuando Dom Anselmo M. Albareda, hoy día cardenal, en 1935 en su obra *Sant Ignasi a Montserrat* trató de demostrar que Dom Chanon, el confesor de San Ignacio en Montserrat, consiguió disuadir a San Ignacio de su idea de partir luego en peregrinación para Jerusalén, y logró que permaneciese unos meses en la montaña de Montserrat bajo su dirección. Pues según opinaba el P. Albareda, contra todos los biógrafos del santo y aun la misma Autobiografía del mismo, San Ignacio, el día de la Anunciación de 1522, después de la vela de armas de la noche anterior, no partió para Manresa, sino que se quedó unos meses en Montserrat, haciendo vida eremítica, bajo la dirección de Dom Chanon (pp. 75-97; cf. 176). Largamente nos ocupamos de este asunto, y procuramos, en 1941, refutar esta opinión en nuestro opúsculo *El origen sobrenatural de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola* (c. II y III, pp. 39-86). Volvimos a ocuparnos de lo mismo en la revista «Manresa» 24 (1952) 165-176.

El nervio de su argumentación estaba en vindicar la existencia de una cueva de Montserrat en la cual, según esta opinión, estuvo San Ignacio haciendo vida selvática, antes de bajar a Manresa. Su opinión, aunque en conjunto fue unánimemente rechazada, tuvo la fuerza de arrastrar en parte a los PP. Codina (AHSI, VII, 1938, 107) y Leturia («Manresa» XII, 1936, 158) que opinaron que si bien San Ignacio bajó de Montserrat a Manresa el mismo día de la Anunciación, «estuvo después más o menos días en un lugar, fuese cueva o no, del mismo monte» haciendo vida de penitencia. Esto es lo que largamente nos propusimos refutar. Y hoy día nos afianzamos en la creencia de que este parecer no tiene *ningún viso de probabilidad*. Nuestra argumentación se basaba principalmente en las declaraciones de los testigos del proceso de beatificación del santo, tanto en los procesos formales que aparecieron en 1605, como en los anteprocursos que comenzaron en España diez años antes. Ya en éstos llamaba la atención que en los de Montserrat de 1595 no apareciera en los testimonios ni la más leve insinuación de una cueva en Montserrat en que San Ignacio hiciera penitencia, y sólo se mencionará la de Manresa. Quedaba la esperanza de que si algún día se descubrieran los verdaderos procesos de Montserrat algún testimonio hablara de ella. Pero ni esta esperanza queda ya después que el P. Dalmases los descubrió en 1942, y los dio a conocer en «Analecta Tarraconensia», pp. 129-170, y es de maravillar no lo diga el autor al publicar ahora este documento. Ni un solo testimonio hace la más mínima alusión a una cueva de Montserrat, a la

que acudiera en vida de penitencia, y, en cambio, bien aluden a la cueva de Manresa, y con frecuencia (cf. pp. 144, 150, 155, 158 y 162).

Es de saber que el P. Lorenzo Paoli, procurador general de la Compañía de Jesús en la causa de beatificación de San Ignacio, al redactar un Rótulo de 1605 de artículos e interrogaciones que había de dirigir a los llamados a testificar, aparece clara la alusión de referencias recogidas en la relación atribuida al P. Araoz, sobre todo cuando en el artículo 40 dice del santo que al principio de su vocación estuvo «adhuc poenitens in specu seu subterranea cellula supradictae solitudinis Montis Serrati...» (*Mont. Ign.*, ser. IV, t. II, pp. 569-570). Y lo mismo el art. 45. No dice que la cueva sea de Montserrat, pero la indican las palabras siguientes: «Dum postea Manresae ad hospitale Stae. Luciae precario se contulisset» (p. 575). Este Rótulo fue enviado a diversas regiones, para que sirviera de pauta en los procesos que fueron muchos en diversas partes. También fue transmitido a Madrid para el proceso que llaman toledano. En éste fue citado como testigo el P. Ribadeneyra quien, en el art. 7, negó rotundamente «quod P. Ignatius manserit in solitudine articulata [montserratensi]». Y asegura que dicho P. se trasladó de Montserrat a Manresa como él mismo lo narró y lo escribió al P. Luis González en Vida del P. Ignacio que trazó la relación de él oída, y como lo aseguran los PP. Laynez y Salmerón. La misma posición negativa mantuvo Ribadeneyra en el art. 40.

¿Es que en tanta serie de testimonios que salieron en los procesos hubo acaso algunos que se afirmaran en la existencia de esta «espelunca prope Montem Serratum»? Ya dijimos que en los procesos y anteprocursos de Montserrat no hubo ni uno solo. Lo mismo digamos de los de Madrid, Manresa y otras ciudades, si exceptuamos dos, uno del de Manresa y otro del de Barcelona. Notemos que en el anteprocuro de Manresa el testigo 7 Francisco Capdepós, carpintero, era hijo de Ramón Capdepós, que trabajaba ejerciendo este mismo oficio en el monasterio de Montserrat cuando llegó Ignacio al mismo. En su declaración dice que Ignacio se confesó en dicho monasterio, dio sus ricos vestidos a los pobres, presentó su daga y espada a Nuestra Señora, y bajó, vestido de cilicio y saco, a la ciudad de Manresa (pp. 371-372). Ni un solo testigo duda de que del monasterio de Montserrat se bajó a Manresa. Lo mismo se infiere de las declaraciones del que se hizo en Montserrat de 1595. En todo el anteprocuro de Barcelona anterior al Rótulo del P. Paoli no aparece un solo testigo que hable de alguna cueva de penitencia en Montserrat o de vida eremítica de Ignacio en la soledad de aquella montaña. En cambio, son bastantes los testimonios que en el anteprocuro de Manresa hacen mención, como de cosa cierta y sabida, de una cueva de Manresa que en tiempo de los procesos estaba junto al monasterio de los PP. Capuchinos. De esta cueva hablaba el art. 5 del P. Gil, Rector entonces del Colegio de Barcelona, y a dicho ar-

tículo asintieron todos los testigos alegados, declarando la verdad de «dicha cueva que está junto al convento de los capuchinos» (pp. 355, 360, 374).

Pero ¿es que hay alguna probabilidad de existencia de dos cuevas, una en Montserrat y otra en Manresa a las que se acogiera San Ignacio para hacer vida de penitencia? Creemos que ninguna. En tanta lluvia de testimonios que depusieron, en los diversos y varios procesos de beatificación, sólo subo dos que lo afirmasen: el primer testigo, del proceso de Barcelona de 1606, el canónigo Onofre Cellers, de 70 años, en la respuesta al interrogatorio XI, acerca de los lugares en que Ignacio vivió santamente. Con él puede aparejarse el testigo 4 del proceso de Manresa, respondiendo a este mismo interrogatorio, el P. Montserrat Portillo, prior de los Carmelitas de Manresa, que lo mismo que el anterior opina que Ignacio «coepit orare et penitentiam agere in solitudine dictis montis [Montserrat] et postmodum Minorissam versus descendisse» (p. 611). Pero tanto a ellos como al P. Paoli les engañó una mala interpretación de la relación de cosas oídas al P. Araoz. Dicho Padre estuvo por lo menos cinco veces en Barcelona, la primera vez en 1539, y esta vez visitó también a Montserrat. La última vez en 1549; pero no sabemos que estuviera nunca en Manresa, ni menos visitase aquella cueva. A su relación la calificó Ribadeneyra: «cierto cuento sin autoridad» (*Font. Narr. de S. Ign.*, v. III, p. 219). Pero es un hecho que Ribadeneyra en su Vida de San Ignacio no dice ni una palabra de vida de penitencia que llevara el santo en alguna cueva antes de llegar a Barcelona. El P. Araoz se enteró de que en este período de su vida había practicado la aspereza en alguna cueva y deseaba que esto constase.

¿Dónde estaba dicha cueva? En el curso de la relación del P. Araoz se dice que «a un grande trecho del monasterio». Verdad que antes dice: «se fue P. Ignacio a buscar por aquella montanna alguna cueba donde se entrar». Pero el que dicha cueva estuviese en *aquella montaña* (se entiende de Montserrat), lo afirma por deducción de lo que acababa de decir, esto es, que «poco después que P. Ignacio llegó a Montserrat, procuró quedarse allí en alguna hermita; y a lo que creo, como hera tan moço [unos 32 años] no le quisieron admitir los monjes en aquella santa casa». Y por esto dice se fue a buscar la cueva.

Que San Ignacio, al llegar a Montserrat, primero concibiera la idea de quedarse una temporada en alguna ermita de allí, y los monjes se lo negasen, no tenemos documento alguno ni para afirmarlo ni para negarlo. Lo que cierto parece falso y no puede admitirse es que, si le negaron este permiso, se alojase en una cueva de la montaña de Montserrat, pues está en contradicción no sólo con la Autobiografía, que es la declaración oral del santo, sino con una lluvia de testimonios que depone que Ignacio, después de la vela de armas en Montserrat se bajó a Manresa. Hasta hace poco se creía que el P. Maffei en su Vida de San

Ignacio era una excepción. Pero hace poco el P. Calveras demostró palpablemente en nuestra revista que no se había leído bien todo su texto, pues «según este pasaje de Maffei leído en su integridad, Ignacio llegó a Manresa el mismo día de la Anunciación, 25 de marzo» (EstEcl 33, 1959, p. 211; cf. 207-222).

Es indudable que Ignacio, llegando a Manresa, dio con una cueva de las afueras, en la cual se acogía en ciertos períodos de tiempo, para sus ejercicios de oración y penitencia, como lo atestiguan numerosos testigos de los procesos de beatificación, los cuales la describen tal como estaba en el tiempo en que la frecuentó el santo, como de un aspecto hórrido y selvático, semejante en todo a como habla de la de Montserrat la relación del P. Araoz. La describen como una cueva «muy áspera de rocas, bosques, malezas» (*Mon. Ign.* ser. IV, t. II, p. 730) «obscura» (p. 744), y no sólo «obscura», sino «debajo de una roca... y toda cubierta de malezas y cosas espinosas» (p. 736), y «apenas se podía entrar en ella..., mientras que ahora pueden entrar en ella sin peligro hombres, mujeres y niños» (p. 718), «entonces era por las muchas rocas y espinas... inaccesible e inhabitable» (p. 709) «una cueva cerca de Manresa... lugar entonces muy fragoso e inhabitable..., de la cueva veía las montañas de nuestra señora de Montserrat» (p. 650), era, finalmente, «una cueva entonces asperísima y oculta cerca de Manresa» (p. 701). Parece un retrato de la que describe la relación del P. Araoz, menos en lo de que estuviera cerca de Manresa. Notemos que la relación del P. Araoz no habla más que de una cueva. Y que, en la visita que hicieron a Ignacio penitente en esta cueva, el monje de la limosna, el mozo del monasterio y el médico, estaba «a un grande trecho del monesterio debaxo de una peña», y que allí había una cruz en la cual solía rezar Ignacio las siete horas canónicas, y que en ella tuvo visiones. Todo esto sabemos que sucedió exactamente estando Ignacio en la cueva de Manresa; y la gran distancia que había del monasterio a la cueva de Manresa la recorrería Ignacio en aquel camino de cabras que seguiría al visitar varias veces el monasterio de Montserrat, durante su estancia en Manresa, como consta por los testimonios de los procesos.

Téngase presente que esta relación no la escribió el P. Araoz, sino que es de cosas que oyeron de él los PP. de Madrid, ni se conserva el original de quien la escribió, sino la copia del P. Lancicio. Que el P. Araoz no estuvo nunca en Manresa, aunque sí en Barcelona y Montserrat; que esta relación fue rechazada por el P. Ribadeneyra, y que si entró en las noticias recogidas por el P. Paoli fue para recoger de los testimonios lo que había en ella de verdad.

En la mencionada obra del P. Albareda se dice: «Es lástima que el P. Clavius que visitó esta cueva de Montserrat cuatro años después de la muerte del santo, no diese referencia más detallada de ella» (p. 84). Este P. Cristóbal Clavius, reputado el primer matemático de

su tiempo, fue uno de los testigos que declaró en el proceso de Roma. En el resumen de los procesos publicado en MHSI, dice el P. Clavius que en 1560, estando él en Montserrat, le fue mostrado el lugar donde el P. Ignacio hizo penitencia (*Mon. Ign.*, sec. IV, t. II, p. 920). En dicho año el P. Clavius, de vuelta de Portugal, pasando por España, visitó Montserrat y allá le mostraron el lugar en que el santo Padre hizo penitencia. ¿En dónde estaba?, ¿era una cueva de Montserrat o la de Manresa? Parece no hay duda que era la cueva de Manresa, pues al interrogatorio XI del P. Paoli respondió, traducido del italiano: «Yo sé, por haberlo leído en la vida del P. Ignacio y oído de personas que le conocieron, que en Manresa, lugar vecino de la Señora de Montserrat unas tres leguas, comenzó a hacer penitencia, y esto lo sé por relación de un ermitaño de la Orden de San Benito, y fue en 1560, volviendo yo de Portugal» (p. 836). Es claro, pues, que el lugar que vio el P. Clavius en 1560 era la cueva de Manresa y no otra de la montaña de Montserrat.

Como colofón a todo lo dicho vamos a mencionar la carta del P. Gil al P. Lorenzo Paoli, con fecha de 2 de octubre de 1606. En ella le refiere su actuación para activar los procesos de Montserrat y de Manresa. Le da cuenta de cómo estando en Manresa visitó los lugares objeto de veneración, por haber sido frecuentados por Ignacio: el hospital de Santa Lucía, la pirámide levantada, la cueva y la capilla levantada encima de ella, la capilla de Viladordis, etc. (p. 931).

Luego añade que partió con los obispos, notarios y nuncio a Montserrat. Se citaron los testigos, los más calificados del monasterio, y prosigue así:

«Viernes se hizo visura de un epitafio de memoria que ay de N. B. P. Ignacio».

¿Qué dice dicho epitafio? He ahí su contenido, mandado grabar en lápida conmemorativa, el año 1603, por el ilustre abad Don Lorenzo Nieto. Lo tomamos de los procesos de Montserrat publicados por el P. Dalmases (p. 166):

«Beatus Ignatius a Loyola hic, multa prece fletuque, Deo se Virginiq; devovit; hic tanquam armis spiritualibus, sacco se muniens, pernoctavit; hinc ad Societatem Iesu fundandam prodiit, anno 1522. Frater Laurentius Nieto, Abbas, dicavit, anno 1603.»

La inscripción sólo hace mención de la oración y lágrimas de Ignacio ante el altar de la Virgen, mientras velaba con sus nuevas armas espirituales. La carta del P. Gil no contiene ni una palabra de visita a la cueva de Montserrat. No es posible creer que hubiera dejado de visitarla si ésta hubiera existido.

Se comprende, pues, perfectamente que después de tanta investigación, en la bula de canonización de Urbano VIII sólo se mencione la cueva de Manresa:

«Una vez, pues, curadas sus heridas... y decidido a ser en adelante soldado de Cristo, partió [Ignacio] hacia el monasterio de la Virgen María de Montserrat de la Orden de San Benito de la diócesis de Vich; y allí después de hacer una confesión general, colgada su espada y su daga en el templo del mismo monasterio, vestido de una áspera túnica talar, ceñido de una cuerda, desnuda la cabeza y con el báculo en la mano, pasó toda la noche que antecede a la fiesta de la Anunciación, ante el altar de la misma Virgen María, con oraciones y lágrimas, consagrándose así del todo al servicio de Dios en el nuevo género de milicia que iba a seguir.

De aquí se fue al pueblo de Manresa, y se recogió en el hospital de Santa Lucía, y tanto en él como en cierta cueva situada junto a un río, dando frutos dignos de penitencia, vivió practicando la pobreza y llevando una vida de aspereza entre pobres y menesterosos, a los cuales también servía en los oficios más humildes» (*Bullarium*, t. XIII, Urbanus VIII, ab an. 1623-1628, pp. 25-26, Turín, 1868).

No hay ni la más leve alusión a una cueva o lugar de Montserrat en donde San Ignacio se recogiera a hacer vida selvática de penitencia.

Mucho nos hemos detenido en el examen de este documento atribuido al P. Araoz. Nótese que anteriormente nos hemos ocupado de él extensamente dos veces, una en el mencionado opúsculo sobre el *Origen sobrenatural de los Ejercicios espirituales*, y otra en la revista «Manresa», y con todo en el ambiente histórico parece que la cuestión allí discutida quedó al aire. Creemos que el asunto es de capital importancia en la historia de la ascética ignaciana de los Ejercicios espirituales. Porque mucha diferencia hay en que San Ignacio, al principio de su conversión, al llegar a Montserrat, se quedara allí en la montaña unos meses bajo la dirección de su confesor Dom Chanon y después con sus instrucciones recibidas comenzara a escribir en gran parte sus Ejercicios Espirituales, parte en la cueva de Montserrat y continuando después en la de Manresa, y parte en el hospital de Santa Lucía; y otra en que por el contrario San Ignacio sólo hiciera en Montserrat su confesión general, velara sus nuevas armas ante el altar de la Virgen, el 25 de marzo; y luego descendiera a Manresa y bajo la moción de Dios y la propia experiencia, escribiera allí sus Ejercicios Espirituales, en los lugares mencionados, y con los escasos conocimientos espirituales que tenía, y sólo con la dirección de Dios, y a lo más alguna consulta escasa a su confesor de Montserrat. Siempre hemos creído esto último, y esto lo confirmábamos al final de nuestro opúsculo alegando que precisamente el Santo en este período de su vida tuvo una ansia insaciable de encontrarse con personas espirituales cuyas luces le aprovecharan grandemente a caminar a marcha acelerada por la vía espiritual. Pero llegó a experimentar tanto desengaño en esto, a pesar de ser él tan enemigo de exageraciones, que no duda en asegurar que «después de partido de Barcelona, *perdió*

totalmente esta ansia de buscar personas espirituales» (Mon. Ign. ser. IV, t. I, v. I, p. 412 = MHSI, v. 66, Romae, 1943).

★ ★ ★

Con la discusión del manuscrito sobre cosas oídas al P. Araoz nos hemos apartado de la recensión propiamente tal de este libro del Padre Dalmases, en que muestra sus aciertos en la publicación crítica de los documentos, ilustrándola con numerosas notas históricas y críticas, con la maestría del investigador y el arte de presentar los documentos con todo el aparato crítico deseable. Como remate viene al final un índice completo de personas, cosas y lugares. No falta su fe de erratas y su complemento de añadiduras, ocasionadas sin duda por lo lento de la impresión. En conjunto resulta un volumen digno de la serie de *Fontes narrativi* sobre San Ignacio de Loyola.

MANUEL QUERA, S. I.